

"Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un león coronado, rendido a los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Puente de Plata; el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembó, gran duque de Quirocia; el otro de los miembros gigantes, que está a su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente y tiene por escudo una puerta, que según es fama es una de las del templo que derribó Sansón cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos a estotra parte y verás delante y en la frente destotro ejército al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la Nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas a cuarteles, azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice «Miau», que es el principio del nombre de su dama, que, según se dice, es la sin par Miaulina, hija del duque Alfeñiquén del Algarbe; el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nación francés, llamado Pierres Papín, señor de las baronías de Utrique; el otro que bate las ijadas con los herrados carcaños a aquella pintada y ligera cebra y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia, Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano que dice así: «Rastrea mi suerte».

Y desta manera fue nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadrón que él se imaginaba, y a todos les dio sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura".

I, 18.

Con esta alucinación de don Quijote al ver los dos rebaños de ovejas, Cervantes parodia los linajes y los escudos imaginados en los libros de Caballerías. Pero los armoriales (palabra que no recoge el diccionario de la R.A.E., pero que designa a los libros que recopilan blasones) dejan poco espacio para el humor. Aunque los blasones no aparecen solamente en los armoriales, sino en toda clase de códices: libros de horas, de caza, de viajes y de astrología, novelas, poemarios y cancioneros, como en el magnífico códice Manesse, que reúne la obra de 137 poetas alemanes, de los que se muestra el retrato de cada autor acompañado de su escudo.

El gusto por las genealogías es antiguo como la Historia. En la Biblia, el libro del Génesis nombra todas las generaciones desde la creación del mundo, empezando por Adán y Eva, hasta el momento en que fue escrito. También Mateo detalla la genealogía de Cristo desde Abraham, dándole como antecesor al rey David. En algunos manuscritos mozárabes (Biblias y Beatos) se representan gráficamente estas genealogías, enlazando con líneas los medallones en los que aparecen los nombres, tal y como se ha seguido haciendo hasta hoy. También medieval, aunque más pictórico, es el árbol de Jesé, en el que se representan los personajes como ramas saliendo del mismo tronco (propriadamente, un árbol genealógico). Aunque podemos buscar más atrás en el tiempo, los blasones y los árboles genealógicos comenzaron su apogeo en Europa a partir del siglo XI. Pintados o labrados en piedra, los escudos hablan del poder de las familias aristocráticas. En España eran también una prueba de limpieza de sangre, algo de mucha importancia en aquellos tiempos.

En Cáceres, en Plasencia, en Trujillo, en Alcántara y en otros lugares podemos ver infinidad de blasones esculpidos en las casas solariegas. Menos visibles, pero de igual interés, son los árboles genealógicos y los escudos pintados, de los que ofrecemos algunos en estas vitrinas. El que mostramos al lado es el de los Barrantes de Alcántara, realizado por Rodrigo Barrantes y Moscoso (Alcántara, 1803 - Valencia de Alcántara, 1863). Remonta sus orígenes hasta el rey Ordoño II (871-924) y doña Elvira (m. 921), y tiene especial interés por figurar en él san Pedro de Alcántara (llamado en el siglo Juan Garabito Sanabria de Maldonado, aunque en el árbol genealógico lo llaman Antonio), que emparentó con la familia al casar su madre en segundas nupcias con Alonso Barrantes; tuvo hermanos de madre nacidos de este matrimonio.

La lámina combina árbol genealógico y blasón. El de los Barrantes está descrito así en el "Diccionario Hispanoamericano de Heráldica, Onomástica y Genealogía": "En campo de gules, una banda de oro, engolada en cabezas de dragones de sinople, lampasados de gules. Bordura de este color, con perfil de oro, y ocho sotueres del mismo metal". Otras armas que figuran en el escudo pertenecen a diferentes familias y se han ido añadiendo en sucesivos matrimonios.

ES. 10037.ADPCC / 04.03.55.GRA // 00378

